

CAPITULO II.

El lenguaje simbólico.

Por enfrente á una casa de bellísima apariencia, situada en la calle principal de San Angel, habia pasado ya tres veces, mirando á sus balcones, un hombre que al fin se habia ido á colocar en la esquina, desde donde, al parecer, esperaba que se asomase alguna persona.

Era alto, jóven y bien formado: su rostro, lleno de expresion varonil, blanco y algo pálido, realzaba la dulzura de sus ojos negros y rasgados, donde brillaba la luz de la inteligencia y del sentimiento amoroso: un

bigote fino y negro, y una perilla abundante y bien cortada, hacian resaltar el encendido carmin de sus frescos labios y una dentadura perfecta y blanca que brillaba al entreabrir su pequeña boca, como brillan las transparentes gotas del rocío al partirse en dos el rojo y naciente clavel: sus cejas arquedas, suaves y del color del ébano, y su onduloso, flexible y lustroso cabello negro y naturalmente rizado, velando una cabeza griega, concurrían á dar á su fisonomía una gracia y una dulzura irresistibles.

Vestia una levita negra de finísimo paño, perfectamente cortada, que ostentaba en el ojal del pecho la flor del girasol, pantalon de casimir claro de cuadros, chaleco negro de seda que contrastaba con la hermosa cadena de oro del reloj, corbata azul, colocada con suma gracia, sombrero negro de rigorosa moda, y lustrosa bota de charol.

La ropa la llevaba con aire y facilidad, y en sus maneras y movimientos se descubria á un jóven de la buena sociedad.

Colocado, como dejamos dicho, en la esquina de la calle, aquel jóven no apartaba

la vista del balcon de la casa, por enfrente de la cual habia pasado tres veces.

Parecia que olvidado del mundo entero, habia hecho abstraccion de todas sus potencias y sentidos, excepto del de la vista que estaba pendiente de la puerta vidriera del balcon por donde esperaba apareciese el objeto que anhelaba.

Preocupado en la sola idea que le dominaba, no pudo ver á un hombre mal vestido, envuelto en un capote raído, metido hasta las cejas el roto sombrero de fieltro, y casi descalzo, que, sentado en el poyo de la puerta de una casa, frontera al sitio que él ocupaba, le observaba de hito en hito y seguía con los ojos la direccion de su mirada sin perder ninguno de sus mas leves movimientos.

¡Natural confianza de todos los amantes que creen que nadie les observa, cuando tal vez está fija sobre ellos la mirada de los curiosos, de los murmuradores, y muchas veces de las personas de quienes tienen mas particular interes en ocultarse!

El jóven permaneció como otra media hora en la misma actitud.

El balcon permanecia cerrado.

El hombre andrajoso que le observaba se sonreia de vez en cuando.

Un gesto de impaciencia y de disgusto se marcó de repente en el rostro del que esperaba.

El pobre observó aquel gesto y volvió á sonreirse.

El misterioso elegante se dispuso á pasar por cuarta vez la calle.

El mendigo, conociendo su intencion, se puso en pié y se embozó en su viejo capote.

Nuestro impaciente desconocido cruzó lentamente por enfrente al edificio de agradable apariencia, sin apartar los ojos del balcon, y volvió á colocarse poco despues en la misma esquina de la calle.

El pobre que le observaba y que le habia ido siguiendo por la otra acera, se sentó otra vez en el poyo en que le vimos.

En aquel momento se abrieron las puertas vidrieras del ansiado balcon, y se pre-

sentó en él una mujer hermosa, como del centro del océano y de la blanca espuma de los mares apareció sobre nacarada concha tirada por sencillas y amorosas palomas la risueña y voluptuosa Vénus.

El hombre que esperaba, se estremeció de placer, y llevó la mano al ojal de la levita en que se ostentaba la flor del girasol.

Una sonrisa de satisfacción y amor vagó por los labios de la hermosa; envió una mirada de gratitud al jóven, le indicó con su alabastrina mano que permaneciese allí otro instante, y desapareció.

Nada de esto se escapó á la vista del andrajoso personaje que permanecía sentado en el poyo.

Clotilde, pues no era otra la seductora jóven que con tanto afán habia sido esperada, penetró rápidamente y sin hacer ruido en su cuarto; tomó de uno de los anaqueles de un elegante armario un lazo pequeño formado con gracia de una cinta blanca, otra azul, otra tornasolada y otra amarilla claro, y prendiéndolo en el pecho, volvió á presentarse en el balcon.

Pero á pesar de la prontitud y del sigilo con que habia obrado para sustraerse á las miradas de los que pudieran vigilarla, no faltó quien notase aquel movimiento.

El señor Duval que la habia visto asomarse, entrar luego callada y prontamente, y volver á salir prendido el pecho con aquel lazo, receló de la conducta de la hermosa, y sin hacer ruido la siguió hasta colocarse detras de ella junto al alfeizar de la vidriera.

Leopoldo, pues no era otro el enamorado jóven, se dirigió entonces hácia el balcon, pero marchando siempre por la acera contraria; y al llegar enfrente, fijó los ojos en el pequeño lazo que ostentaba sobre el pecho su amada, así como ésta clavó los suyos en la flor que él llevaba, y ambos dejaron ver en su rostro el océano de felicidad en que se inundaba el alma.

Aquel lazo y aquella flor, simple adorno para los profanos al misterioso y simbólico idioma de la galantería y el amor; para los que no están iniciados en los expresivos afectos que indican las delicadas flores y

las pintadas cintas en el simbólico y poético lenguaje que entrañan; para los que no ven en el tesoro inagotable de pintadas florecillas con que la mano benéfica de Dios engalanó los valles, los bosques y las montañas, mas que el simple adorno de la naturaleza, y pasan por encima de ellas sin comprender sus misterios, sin analizar su misión, sin descubrir sus secretos, sin que nada les digan al corazón, sin que nada les hablen á los sentidos, hollándolas con la fría indiferencia con que las huella el salvaje, para esos, repito, aquel lazo y aquella flor con que se presentaron los dos amantes que nos ocupan, nada decían, nada expresaban. Pero para los hombres de viva y ardiente imaginación, de corazón fogoso y sensible, de inteligencia y de voluntad; para los hombres que no hallan nada sobre la tierra que no haya sido creado sino con los elevados fines que deben acompañar al pensamiento del Criador; para los que comprenden que no existe pensamiento alguno ni aun palabra ninguna que no pueda traducirse y simbolizarse por medio de los brillantes obje-

tos que se hallan sábiamente derramados por todo el haz de la tierra, para esos las cintas y las flores, las perlas y los brillantes encierran tesoros inagotables con que expresar en delicados conceptos los mas íntimos secretos del corazón.

Así, al menos, lo comprendían nuestros dos jóvenes: y aquel lazo y aquella flor, entrañaban para ellos un idioma celestial, un idilio dulcísimo de amor; un armonioso poema de mística dulzura, donde leían en éxtasis divino un presente lleno de realizables esperanzas y un porvenir de inagotable ventura, de deleites sin guarismo y de felicidad sin término.

Pero no fueron solo ellos los que pararon la atención en los objetos parlantes, aunque no comprendían su significado, y en la emoción de sus semblantes.

Otros dos habían fijado también los ojos en el misterioso lazo y en la expresiva flor, aunque, como llevamos dicho, sin comprender sus misterios.

El señor Duval, junto al alfeizar de la

vidriera, y el hombre del capote raído que iba siguiendo los pasos de Leopoldo.

Clotilde, embebecida con el inmenso placer que embargaba su alma y su pensamiento, seguía con la vista á su adorado amante que se alejaba, y que volvía con frecuencia la suya para fijarla con dulcísima pasión en aquella mujer que era el ángel cariñoso de sus bellísimos ensueños, que reasumía en sí sola toda la pasión, todos los encantos, todas las virtudes que adornan con celestial encanto á algunas heroínas de la Biblia.

Daval, ocultando bajo un exterior amable y engañoso la rabia de los celos, se asomó al balcón, se reclinó en el barandal, y se puso á mirar con indiferencia aparente, pero con gran cuidado, la gente que transitaba por la calle, entre la que sorprendió á Leopoldo dirigiendo la última mirada de despedida.

—Está haciendo un día precioso.

Exclamó Daval con sonrisa hipócrita, echando mano del tiempo como recurso general y eficaz para entablar una conversación.

—Con efecto.

Contestó distraída la jóven sintiendo que la distrajeran de sus agradables pensamientos, y con la tristeza de aquel á quien despiertan de un delicioso ensueño de ventura, de libertad y de amor, para que palpe las miserias de la oscura prisión en que gime sin esperanza.

—No hay duda de que el cielo de México es hermoso como sus mujeres.

—¿Es acaso el de vuestra patria menos bello?

—En los Estados-Unidos no gozamos de la igualdad de estaciones que aquí reina: allí el invierno es crudo, y el cielo encapotado despide abundantes copos de nieve que despojan á los árboles de sus hojas, á los campos de sus flores, y á la campiña de su verdor.

—Eso debe ser muy triste.

—Sí; y por lo mismo debemos dejarlo para ocuparnos de cosas más risueñas, de cosas que estén más en armonía con las gracias que brillan en vd. y de que soy el más ardiente admirador.

tienen su significado especial para expresar los sentimientos mas íntimos.—Clotilde se inmutó, y Duval que advirtió el cambio de su semblante, continuó.—¿No ha oído vd. decir lo mismo?

La huérfana logró volver de su sorpresa y contestó.

—¿Y quién es el que no ha escuchado hablar de ello?

—¿Y conoce vd. ese lenguaje simbólico?

—No puedo jactarme de poseerlo.

—¿Es decir que la reunion y enlace de esas cintas blanca, azul, tornasolada y amarilla claro, que forman el gracioso lazo que ostenta vd. en el pecho, no es mas que una combinacion casual que no encierra significado alguno?

—¿Pues qué, vd. cree otra cosa acaso?

Contestó Clotilde tratando de eludir una respuesta categórica.

—El que ama como yo amo á vd., lee en todo lo que lleva la mujer que adora; adivina sus pensamientos en el color de sus vestidos, en el adorno de su cabeza, en los simples lazos que realzan su belleza.

La huérfana temió que hubiera sido descubierto su secreto; pero persuadida despues, de que le habia oido otras veces lamentarse con Inés de no conocer lo que expresaban las flores ni los colores, contestó con aire tranquilo.

—¿Entonces qué desea vd. saber?

—Oír de su boca de vd. su significado, ver si era exacta mi traduccion. Ya he dicho que todo no es mas que un puro deseo de satisfacer una curiosidad pueril.

Clotilde se acabó de convencer de que Duval ignoraba completamente lo que expresaba el lazo, y contestó con la mayor amabilidad.

—Aun cuando vd. no se hubiese tomado la molestia de advertirme que su deseo no es mas que una pueril curiosidad, y me creyese con la necesaria capacidad para interpretar los colores, jamas creeria que su pregunta de vd. pasara los límites de una inocente chanza, pues ni podia suponer que vd. tratase de avergonzarme, si mi traduccion, como es de esperarse

inferior á la suya, ni esperar que me cegase la vanidad hasta el punto de corregir á quien debo respetar por su conocida instruccion.

Duval se mordió los labios al escuchar esta respuesta inesperada que le ponía fuera de combate.

La hermosa huérfana temió un nuevo ataque y se preparó á la defensa.

Por fortuna suya se oyó en aquel instante la campana de la iglesia que llamaba á misa, y la hermosa Inés se presentó en el balcón.

—Vamos, hija mia, que están llamando.

Clotilde bendijo interiormente al cielo porque tan oportunamente habia interrumpido el molesto diálogo en que estaba comprometida, y entró á su cuarto para ponerse un rico pañolon de China, exquisitamente bordado; se quitó el lazo del pecho como impropio de llevar á la casa del Señor recuerdos terrenos; lo colocó en el anaquel de donde lo habia tomado; cojió un libro de devociones con pasta de labrada y

luciente concha adornado con manecillas de oro, y se presentó á su protectora que se habia quedado hablando con Duval.

—Salgamos cuando vd. guste, madre mia.

—Ahora mismo.

—Tendré el gusto de acompañar á vdes., si vdes. me permiten esa honra.

Dijo Duval ofreciéndose á ir con ellas, mas por cerciorarse de si era verdad lo que ya temía, que por el placer que de acompañarlas le resultaba.

—No quisiéramos que vd. se molestase.

Respondió con prontitud Clotilde.

—Todo lo contrario: encontraré en ello una satisfaccion imponderable.

—Pues como vd. guste—exclamó Inés:—pero salgamos sin detenernos mas, porque oigo que están dando el último toque.

En el semblante de la jóven se dejaron ver las marcadas señales del disgusto y del pesar: en el de Duval las de la satisfaccion de vencer y la de los zelos.

Entretanto que Clotilde apoyada á su pensar en el brazo del hombre á quien D. Emi-

lio estaba dispuesto á unirla, marchaba reprimiendo el dolor que le oprimia el corazon, para no dar á conocer á los extraños en su semblante la repugnancia que sentia hácia Daval, Leopoldo se hallaba en el atrio de la iglesia, esperándola sin duda, saboreando en su interior el placer que proporcionan los gratos recuerdos de un amor correspondido.

Aunque en compañía de otros elegantes jóvenes que se entretenian en ver entrar en el templo á las señoritas que acudian á misa, y hablando de lances amorosos, de bailes y de serenatas, salpicando la conversacion con oportunos dichos y algun picante epigrama, su imaginacion estaba distante de allí; se encontraba fija en otro objeto que embellecia su existencia, que le transportaba á un mundo florífero de realizables ilusiones, derramando por todos sus poros el dulce bálsamo de un porvenir lleno de amor y de inefables placeres; estaba fija en el misterioso lazo con que se habia presentado á sus ojos, bella como la aurora al descorrer las flotantes cortinas del oriente,

la pudorosa jóven de sus ensueños, el ángel puro de su esperanza, la encantadora Clotilde.

Aquel lazo envolvía para él, en sus bellísimos colores y en las breves palabras que expresaban, todo lo que un apasionado amante puede ambicionar que pronuncien los dulces labios de la mujer que adora. No contenía mas que cuatro ligeras cintas enlazadas; pero aquellas cintas blanca, azul, tornasolada y amarilla, graciosamente colocadas, encerraban los afectos mas tiernos de una alma apasionada y los dulcísimos juramentos de un amor inestinguible con que las almas enamoradas viven y se alimentan: aquel lazo simbólico expresaba estos afectuosos sentimientos que inundaban de felicidad el tierno corazon de nuestro apasionado jóven: "*Os amo, os adoro con puro amor; y os amaré hasta el sepulcro si me quereis.*"

¿Qué mas se pudiera decir en todas las multiplicadas páginas de un selecto libro de amores? Aquel concepto breve, pero expresivo, satisfacía las exigencias mas exagera-

das del amor, sin profanar los delicados encantos del misterio.

¡Cuán bello es expresar por medio de los magníficos caracteres con que la pródiga naturaleza nos brinda, reproduciendo y renovando por todas partes sus mas exquisitos tesoros, los íntimos afectos que nos conmueven!

La naturaleza fué el gran libro que Dios abrió primero que ningun otro á nuestros ojos, para que leyésemos su magnificencia, su sabiduría, su inagotable amor y su infinito poder. ¿Por qué, pues, los hombres despreciamos esos tiernos caracteres que á nuestros piés brotan pintados y olorosos en los amenos valles y en los floríferos verjeles?

En otra época en que la humanidad era menos metalizada que en la nuestra; y cuando las ideas elevadas de religion, de caridad y de amor se mantenian incólumes y no habian cedido su lugar á la revolucionaria política, al refinado egoismo y á la irreligion, las cintas y las flores merecieron la distinguida atencion de toda la sociedad

que expresaba por medio de sus colores sus mas delicados conceptos. El negro indicaba tristeza y luto; el encarnado magestad y grandeza; el blanco y rosa, inocencia, castidad y virtud; el verde esperanza y libertad; el azul, zelos, y el morado viudez. Pero qué mucho que los hombres se utilizasen de tan celestiales dones, cuando Dios mismo se valió de ellos para anunciarnos alegría y bienandanza, colocando en el cielo el bellissimo arco-íris, formado de todos los colores como lazo de paz que une á los cielos con la tierra.

Pero no nos detengamos en consideraciones que cada uno sabrá apreciar segun sus inclinaciones, y volvamos á ocuparnos de los jóvenes que dejamos en el atrio de la iglesia en compañía de Leopoldo.

Los primeros se ocupaban ya de elogiar la belleza de alguna hermosa jóven que penetraba en el templo, ya de ridiculizar el traje de otra no tan bonita; ya, en fin, de burlarse en voz baja de todos aquellos que tenian la desgracia de no parecerles bien.

Leopoldo, aunque no podia separarse de

ellos por no faltar á los deberes de la urbanidad, no tomaba parte en las chanzas en que estaban entretenidos, y permanecía pensativo, entregado á la dulce satisfaccion que imprime en el alma el amor correspondido.

Sabia que aquella era la misa que oia Clotilde, y estaba esperándola para verla pasar y que viese en su pecho la flor del girasol que aun llevaba en el ojal de la levita.

¿Y el hombre del capote raído? Tambien estaba allí, enfrente á él, mirándole sin cesar y pidiendo de vez en cuando algun socorro á las personas que entraban á la iglesia.

—Chico, chico, mira qué hermosa matrona: tiene todo el aire de una reina.

Dijo uno de los jóvenes, refiriéndose á una mujer de notable belleza que llegaba apoyada en el brazo de un hombre de buena presencia, aunque de severo aspecto.

—Sí; la conozco hace tiempo: es española; suele ir á la misa de nueve en la Profesa.

—¿Quién es el que la acompaña?

—Su marido.

—¿Sabes si va á permanecer en San Angel toda la temporada?

—No; ha venido hoy por capricho de su esposo, y sin duda se marchará á México pasado mañana.

—¿Y es empleado su marido?

—No; es un aficionado al libro de cuarenta hojas, que no sale de la casa del señor Duval, donde dejó hace tiempo su fortuna.

—¿Magnífico! así la dejará sola todo el dia. ¿Y dónde vive?

—En la calle de Tacuba.

—Mañana mismo voy á rondar su casa.

—Pierdes el tiempo.

—¿Tan rígida es?

—Otra Susana.

—¿Lo sabes por tí mismo?

—No; pero lo sé porque el médico Willey está perdido por ella, y solo alcanza desprecios y desaires.

—¿Willey?....

—Sin duda.

—¿El facultativo escocés?

—El mismo.

—¡Imposible!

—¿De qué te admiras?

—De que estés en un error tan craso; pues de quien está enamorado el doctor no es de Elisa, sino de la simpática Luz Estrada.

—Lo estará de las dos.

—¿Pues qué, se puede amar á dos mujeres á la vez?

—¡Tomal El doctor Willey es capaz de amar á ciento en una hora, y á todas con el mismo fuego, con el mismo afan: es uno de esos hombres de elástico y ardiente corazón que aman, ó mejor dicho, que quieren á cuantas el Eterno erió hermosas.

Entre tanto que habian estado hablando, la hermosa española se habia acercado, y se dirijia esbelta y seductora hácia el templo.

—¡Es hechicera! —Dijo uno de los jóvenes.—No se puede negar que el doctor Willey tiene buen gusto en amar á todas las hermosas.

—Y sin embargo, no deja de ser para él una gran desgracia.

—¿Por qué?

—Porque si en todas halla la correspondencia que en la graciosa Luz, no dejará de pasar agradables ratos.

—¿Pues qué, le corresponde?

—Al contrario; me consta que le aborrece cordialmente.

—¿Pues por qué le recibe en su casa?

—Porque él entra con pretexto de la amistad que lleva con los padres de ella; pero á quien la linda jóven ama, es al apreciable médico Rafael Valle, con quien debe casarse.

—Y sabiendo éste que el otro es su rival, ¿cómo es que siempre anda con él como si fuese su amigo mas íntimo?

—Es que yo creo que Rafael ignora la pasion que Willey consagra á su amada; y como ejercen una misma profesion y visitan los dos á la familia....

—Pues hombre, aquí sí que se ve cumplido el refran de *quien mucho abarca poco aprieta*. Igual cosa le sucede con Elisa; la sigue á todas partes, entra á su casa á todas horas, se ha hecho amigo del marido, y no alcanza mas que desaires.